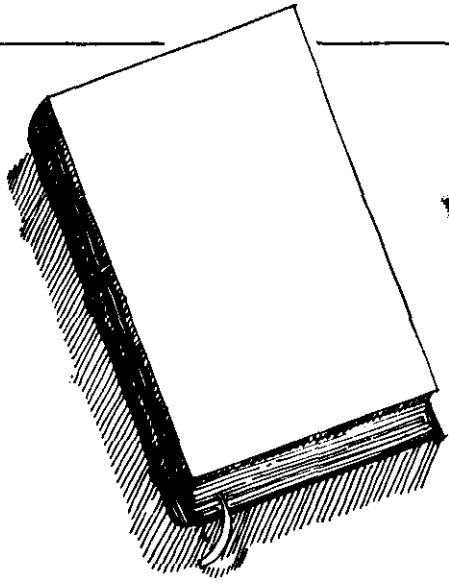


Entre la luz y el crepúsculo



Últimos libros publicados
por miembros de APESF

Cuando Luis Valencia Rodríguez me escribió una de las cartas más bondadosas que haya recibido, en la cual me pedía que hiciese la presentación de su obra de narraciones, sentí orgullo. Al leer su obra, ese sentimiento fue, si me permiten, o así no me permitan, el de una entrañable satisfacción, porque en sus palabras, en sus sentencias, en su lenguaje, había mucho de mí mismo. Ninguna influencia, maldita sea, sino el saber que otro escritor palpitaba con los mismos temas, soñaba las mismas obsesiones, hablaba, en suma, idéntico lenguaje.

Ahora bien, me alegra otro motivo: esta es una presenta-

ción y no un "lanzamiento". Si fuera lo último, habría traído de casa un montón de noveluchas provincianas, o ecuatorianas, que da lo mismo, para lanzarlas a los rostros pecientos de los críticos que nada saben. Aquí, no hay crítica, y más bien murmuración y lindas palabras de los compadres. Luis Valencia no es mi compadre, sino compañero de una tarde fantástica en Caracas, esa ciudad que amo con toda mi alma. Claro, como que esa tarde bebimos con entusiasmo, hablamos del amor y de la muerte, mientras "lanzábamos" sobre la mesa nuestras cartas, en el juego de la veintiuna.

Como ven, no habla un

señorón solemne. Soy carne viva, soy terrible vida, y eso es también ese hombre *incesante*, este escritor llamado Luis Valencia.

"Ah, vas a hablar del ex-Canciller", me decía un zascandil al que encontré en el zoológico, no sé si de visita o como aspirante a residente, puesto que hoy abundan los animales. No, diablos, no voy a hablar del hombre público. Creo, siempre he creído, que se debe hablar poco de las mujeres y los hombres públicos. Hablo del escritor que ha publicado una sencilla pero profunda lección de humanidad titulada "Entre la Luz y el Crepúsculo". El título no me basta, no acaba de agradarme, pero eso es

parte de la intimidad del escritor. Vamos hacia las páginas, vamos dentro de las historias, si bien antes me detengo en el impecable prólogo hecho por el propio Luis, lo cual es placible en grado extremo, porque detesto los prólogos de la gente importante y, además, ya está muerto aquel sabio maestro que, por su amor a los escritores de verdad, los canonizó. ¿Quién diablos soy yo para hacer algo semejante?

Ah, el prólogo. Suficiente regalo. Una delicia, una manera asombrosa de aguitar el mundo. ¿Por qué este hombre recatado, puro, noble hasta la médula, no dió a la luz sus creaciones? Habría en tal caso, tenido más oficios del que ahora muestra con cierta pudicia. Bueno, la humildad es de los grandes. El grito de orgullo, carajo, de los enanos. La solución adecuada: tener una humildad orgullosa.

...¡Me cisco en la distancia! Me habría complacido estar frente a usted, señor y decirle en la cara que admiro su obra.

Vea, Luis, tiene toda la razón al apuntar: (el tono me parece íntimo, ya casi desgarrado) "realidad y ficción... Aquí radica la gran dificultad: en el momento en que pretendemos distinguir entre la una y la otra, no sabemos si el ensueño es parte consubstancial de nuestro ser o si la realidad se escapa de nuestras manos cuando pensamos que la

hemos atrapado". Basta la afirmación para saber que está usted hablando como escritor de veras, universal y distante de sus creaturas, no provinciano que escoge para sus cuentos los mismos y los mismos personajes, que jamás logra salir del aldeanismo quitenño. Usted, Luis, vale porque su lente es objetiva, porque aprecia al sujeto, lo compone y, por qué no, lo aniquila y descompone cuando es oportuno, con diálogos que rasan la conciencia de la creatura inventada o real que atraviesa sus páginas casi temeroso de ser otra vez herido por su inventiva, su imaginación que a veces llega a la crueldad —y es que hay ser cruel— o su misma palabra ardiente, la interjección, pues se debe escribir carajo, a sangre, fuego, rabia, amor y muerte. ¡Todo esto hay en sus páginas! Menos mal que esto se lo grito a voz viva, pues, si fuera por teléfono, ya nos habrían cortado la comunicación o se habría interpuesto la voz de un maracucho o algún paisano nuestro.

Le decía que hay una intimidad entre los dos. Me sorprende al ver unas frases sobre las brujas de esta ciudad. ¿Puede usted oírme? Le digo que su libro llegó a mis manos, o más bien al corazón, el mismo día en que veía la luz una crónica mía sobre las brujas de los Andes. Coincidencia... ¡no! Lo que sucede es que ambos somos conscientes de la podredumbre de esta sociedad burguesa,

ambos combatimos con los molinos de viento, los dos aborrecemos a muerte a las beatas brujas que son también hermafroditas. Usted y yo las hemos visto volar con sus detentes, sus medallitas, con sus sexos vacíos y sus bocas ahitas de calumnias, santiaguándose en los templos, puntuales y lelas frente a las telenovelas.

Luis, sus narraciones donde se desvela la sociedad de este país de opereta, son las mías, por una simple razón: nos educamos en la misma universidad, es decir en la vida misma, y abrimos los ojos con el uso de razón, y no como sucede con los paseantes sonámbulos de esta Quito patrimonio de la inhumanidad. Muchas de sus páginas son recorderis, su oficio es el de recordar a la gente que duerme mientras camina por las calles con la seriedad de los cretinos o que ríen torpezas, pues de nada sabe, nada entiende y de todo habla.

Una notable diferencia: usted, Luis, no tiene rabia, sólo mira imperturbable a esa muchedumbre hipócrita y espera su deceso para la autopsia. En cambio otros orates de celda propia y camisa ajena, por fuerza odiamos y la sociedad nos pone camisa de fuerza, ese mismo remoquete que es una suerte de venganza. Usted ama a los seres humanos, ¡sea bendito por ello!

Francisco Tobar García